

Teatro Del Estado: UNICA SOLUCION

Por José Antonio Ramos

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy, a las 5:15, ante los microfófonos de la emisora RHC-Cadena Azul y es la quinta de las radio-conferencias que presenta esa difusora, expresando así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

Porque se me pide que diga «mi verdad»—que de otro modo no hubiera aceptado el convite—comenzaré diciendo que yo no vengo aquí como aspirante a acreedor político de un futuro presidente de la República.

Vengo aquí porque el candidato de la Coalición quiere oírnos, a los trabajadores intelectuales, precisamente en todo cuanto más desesperanzados y escépticos nos sentimos ya, respecto a nuestros políticos, por el constante, invariable, histórico menosprecio de nuestros «generales y doctores» — que los llamará el inolvidable compañero Carlos Loveira — para cualquier otra cosa que no sea el manguoneo indecente de las ventajas personales, lícitas e ilícitas.

El gesto del doctor Saladrigas, por lo menos, es elegante. Es casi artístico...

Y yo me siento con cuerda para veinticuatro horas, como el muñeco de Isabel Segunda.

Pero ahora tengo que reducirme a un sólo tema, y a ocho minutos para desarrollarlo.

Para dar la mínima expresión a mi resentimiento contra el ministerio de Educación, por ejemplo, y lo que se ha hecho en cuarenta y dos años de República con la llamada Biblioteca Nacional, necesitaría no un inofensivo micrófono... sino una ametralladora...

Prefiero contraerme al teatro, al que he dedicado la mitad de mi vida, y cuya situación no es imputable exclusivamente al cretinismo oficial.

Estamos, en los días que corren, ante una inesperada y feliz concurrencia de circunstancias favorables. Y el doctor Saladrigas, con un decreto, antes de las veinticuatro horas de su toma de posesión, puede darle vía libre de solución al problema, salvando acaso unos cuantos miles de pesos de otra aplicación menos digna de sus nobles propósitos actuales, cuando todavía nadie se atreve a pedirle lo que algún día tendrá que dar o negar, con resultados siempre muy inferiores al de haber creado, de un plumazo oportuno, el Teatro del Estado...

Pero vayamos un poco más despacio en este punto.

Se acepta, en efecto, que el momento es propicio para el desarrollo del verdadero teatro en Cuba, merced a la crisis actual del cine americano. Con ello se reitera, implícitamente, que fue el cine la causa directa de la decadencia del teatro entre nosotros.

Y eso no es verdad. Tan no es cierto que el cine, en Norteamérica, lo que ha hecho es depurar, acendrar, redimir al teatro de muchas de sus caducidades, tornándolo más artístico y más entrañablemente americano que nunca.

El teatro que el cine mató está bien muerto. Allá y aquí, entre nosotros, donde se llamaba teatro al género chico y a los dramones a lo Echegaray, y a las astrakanadas de Muñoz Seca y compañía.

Ni mi intención es denigrar la película, por lo demás. Quiero poner en claro, simplemente, que el cine podrá ser un arte: y lo será sin duda... algún día. Pero que actualmente, y en Cuba, no es otra cosa que una industria extranjera. La película es un modo como otro cualquiera de ganar dinero.

Y el que intente hacerle competencia es esa forma: es decir, para ganar dinero, no merece ni el diagnóstico de loco.

He dicho «ganar dinero.» No hablo de los infelices que aspiran modestamente a ganarse la vida, en cualquier escena. El dinero es el que no quiere otra cosa que dinero. Esto es: el capital. Y el capital, en Cuba, ya tiene lo que quiere, con su celestinaje mercantil actual del celuloide extranjero. Es decir, con los mejores teatros y la propaganda comercial de la gran prensa a su servicio.

Al capital, que no le importa el pan como alimento, ni el agua como bebida, ni el fuego como combustible, mal puede importarle la escena como arte. Lo que le importa es la ganancia, el dividendo, la comisión, el tanto por ciento... El dinero, en una palabra.

El teatro, como institución de cultura, por lo tanto, no puede importarle a ningún empresario. En otras partes, si no del arte, se enamoran, por lo menos, de los artistas... Aquí no nos da tan fuerte. Hasta para hacer el ridículo ignoramos las formas elegantes. Nuestros ricachos tenorios no conocen al rey Candauro.

Y la única forma viable de implantar ese teatro culto y constructivo es bajo la protección del Estado, sin favoritismos ni privilegios personales. Las escuelas públicas, tanto las de instrucción general como las superiores de arte, no viven por el dinero que hacen ganar a sus empresarios particulares, sino por la acción compulsiva del Estado, más o menos torpe y efectiva. Pues el teatro, al fin y al cabo, como las bibliotecas y los museos, no es otra cosa que una institución superior de cultura.

Gracias al cine, la última villita del interior de la República se eleva hoy a la altura cultural de La Habana; hagamos esa justicia a la

ISVDOKV BPOAIGIONVT'

Вашево вождение на
де васс влнствво
доулстональте са тст-
де бол жоу ворапнел-
де ворапнел тва летт-

вссанге' то штано се
внссос ттссссос' се-
вссатон вале жоу влс-

лас влсглтго всссо де
вссаментссон е ттс-
де всс вавлттн де
вссденте влсссслт-
вссамментго де тс

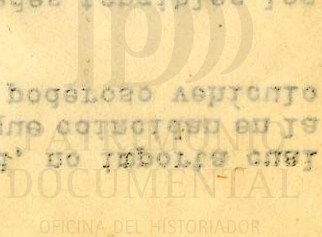
рос де влссосе влсс-
влссссосе влссссос'

вссос влссглос влсс-
тсс влссссонлтгс'
вссссон влссссенте
вссглтс а всслтс'

влссссонес вссоссл-
а влссал ен тс влсс-

вссавлссге ен ттс влсс-
влссглтс влссглтс
се влссглтс а ттс
а де ттс влссглтс' но
тс влссссге е ттсс-
влссглтссентго бол влсс-

а тс влссон де влсс-
де влссглтс тлссглтс
тлссглтс влссглтссент-
влссглтс влссглтс жоу



d

21

103

película. Pero gracias al cine también la República entera está renunciando a elevarse sobre el nivel de cualquier villorrio norteamericano, que no tiene por qué preocuparse de nuclear las actividades artísticas y creadoras de sus convecinos en una cultura nacional: en una personalidad histórica inconfundible. Una personalidad que no dan los «chalets» palaciales, ni los automóviles de cien cilindros en línea, ni los banquetes, ni los homenajes a los genios locales...

Al Estado cubano, en cambio, incumbe ineludiblemente esa preocupación: ese deber de agrupar, de reunir, de coordinar nuestras actividades creadoras, hoy dispersas y anémicas.

Tenemos autores, actores, pintores, directores, críticos... Lo tenemos todo. Pero nuestros teatros y nuestra prensa están en manos de «businessmen», de empresarios, de ganadores de dinero. ¡Allá ellos!

Lo que el Estado ha de darnos es un teatro, un gran teatro de la capital. Y unas pulgadas de propaganda fija en los grandes rotativos. Las subvenciones directas son siempre sospechosas de influencias personales, de privilegios. No las queremos.

Teatro Popular. Patronato del Teatro. Theatralia. Teatro Cubano. Orquesta Filarmónica. Orquesta Sinfónica, la Coral de la Habana, los Conservatorios de Música... más de veinte instituciones de cultura no necesitan otra cosa que eso: casa y propaganda.

La distribución de los treinta días del mes entre esas instituciones, para la utilización del Teatro del Estado y de la propaganda correspondiente, será tarea nada difícil de la Dirección de Cultura del ministerio de Educación. Tantos días para Teatro Popular, tantos otros para la Orquesta Filarmónica, para

la Coral o para Teatralia o el Patronato del Teatro...

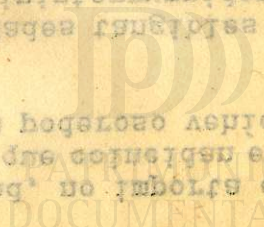
Y las localidades altas, siempre a un precio invariable de cinco o diez centavos, aunque tal grupo cobre abajo diez pesos por la luneta, y cual otro treinta centavos solamente. De lo que se trata es de ofrecerle al que sólo tiene un real para entretenerse culta y decentemente, la oportunidad para escoger entre una cosa y otra, entre lo que rebaja y lo que eleva, entre que no le importe realmente y lo que no le importe, después de cierta edad mental que no es siempre cuestión de años...

El tiempo ha terminado. Pero la discusión queda abierta. Como lo afirmo categóricamente al anunciar mi tema, LA UNICA SOLUCION POSIBLE AL PROBLEMA CULTURAL DEL TEATRO EN CUBA, ES EL TEATRO DEL ESTADO.

El resumen lo dejó al propio Dr. Saladrigas.

Y no en palabras, por cierto, sino en hechos.

Saladrigas 9/44



DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR